

SÁBADO

Leer

EL LIBRO DE CABECERA

La leyenda del turista bebedor

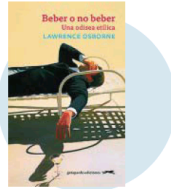
Lawrence Osborne firma un libro de viajes alcohólicos, por así decirlo, en clave autobiográfica y con llamativo trasfondo social e histórico

El epígrafe que abre el libro no puede ser más atrayente e invitador a lo que va a venir: «Vive en secreto», firmado por Epicuro. Y en cierta forma muchas veces es esa vida la que lleva el bebedor, ocultando lo que puede ser una adicción, un hábito privado que disimuladamente se convierte en público o viviendo secretamente sus flaquezas y sus ilusiones rotas. Esa frase del filósofo griego es el pórtico con el que Lawrence Osborne nos lleva a los lugares del mundo donde ha bebido y observado cómo, dónde, cuándo y por qué bebe la gente.

Se trata de todo un cosmopolita este autor nacido en 1958, en Inglaterra, que estudió Lenguas Modernas en Cambridge y luego se lanzó a una existencia nómada, con estancias en Nueva York, México, Estambul y Bangkok, ciudad donde reside en la actualidad y a la que le dedicó un libro que Gatopardo publicó hace dos años. De hecho, este «Beber o no

beber. Una odisea etílica» (traducción de Magdalena Palmer) es el cuarto libro de Osborne que ha visto la luz en la citada editorial barcelonesa; y el más llamativo, sin duda, por cuanto este escritor que muchos calificarían del típico «gentleman» entregado a los placeres, recorre varios países de Oriente y Occidente con esta paráfrasis hamletiana del título en la maleta, y el resultado es sorprendente.

El sabe bien de lo que habla porque saboreó antaño la bebida de Dionisio como crítico de vinos de la revista «Vogue», y con sus dotes como narrador—esautor también



★★★★
«Beber o no beber. Una odisea etílica»
Lawrence Osborne
GATOPARDO EDICIONES

de novelas—hace que la experiencia viajera con unos tragos encima constituya todo un muestreo de lo que somos los humanos cuando empinamos el codo.

A la vez, todo tiene un poso antropológico o como mínimo sociológico, al llevarnos a ciudades remotas de muy diferentes costumbres, incluidas las de no beber alcohol, de ahí que dedique páginas al intento de hacerse con unas botellas en un sitio como Pakistán, donde desafiar prohibiciones islámicas es meterse en problemas serios.

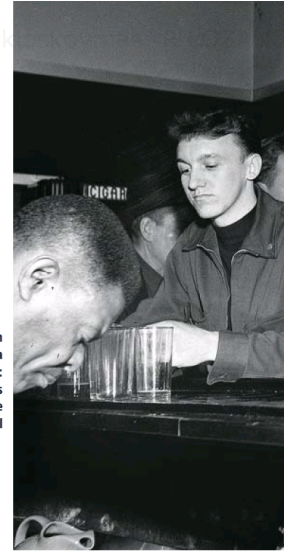
Gin-tonics en hoteles

Todo empieza con el capítulo «Gin-tonic», con tono novelesco y casi de género negro, cuando el protagonista está en un hotel de siete estrellas de Milán, en un verano especialmente caluroso, y gusta de acudir a su bar cuando hay poca clientela: «Era como estar en un hospital de lujo donde, puestos a pagar, tienes derecho a matarte a copas en la intimidad. Y eso haces, porque eres un ser humano y beber es de lo más agradable», escribe.

Y cuando el camarero le pregunta cómo quiere el gin-tonic, se lo detalla con las proporciones que prefiere de tónica y ginebra Gordon's, más tres cubitos de hielo y una corteza de lima: «El

combinado se sirve con la música preliminar del tintineo del hielo y un perfume que alcanza la nariz como un aroma a hierba cálida. Vuelve la calma. Es como acero frío en forma líquida». Entra ahí Osborne en una fase de despreocupación, lo que a veces le lleva a que sus intervenciones públicas en la radio o la televisión se resientan y su mano temblorosa comunique que están frente a un alcohólico.

De anécdota en anécdota, iremos viendo cómo, por ejemplo, los musulmanes con los que se encuentra lo ven como a alguien impuro, e intentan convencerlo, en un lugar recóndito de Java que es cuna del terrorismo indonesio, de los desastres que el alcohol había traído al mundo occidental, dado que, argumentaban, «nos privaba de nuestro estado de conciencia normal. Por lo tanto, falseaba toda relación humana, todo momento de lucidez». Enfermedad del alma, llegaban a calificarlo. Más adelante, tiene peripecias etílicas en la ciudad de Beirut, una de las urbes más modernas de Oriente Próximo, donde el alcohol es legal y nos habla de su bebida nacional, el arak, un des-



Una celebración típica de Nueva York en 1942: barras, amigos banderas y, sobre todo, alcohol

tilado del anís; sufre una gran resaca en Abu Dabi o se ve recordando la vieja vida colonial británica en el decrepito hotel Windsor de El Cairo.

Todo esto, además, con juicios sobre el acto de beber y unas acertadas referencias culturales o de tinte histórico: «La cerveza y el vino se toman con amigos, pero los destilados son para quien bebe solo»; «el alcohol únicamente se menciona tres veces

ENSAYO

Algo más que una copa

Por J. ORS

Memorias literaturizadas o literatura hecha a partir de memorias, recuerdos o imaginaciones, lo cierto es que esto poco importa o da igual en

este caso. Lawrence Osborne, un «bon vivant», un caballero en el arte de perderse con elegancia en el gin-tonic, se adentra en la bebida, en lo que de perjudicial, tirano, autodestructivo y adictivo tiene, pero

también en sus dimensiones y aristas culturales y, un valor que no es baladí ni tampoco hay que considerar menor, en la influencia que juega para revestir al bebedor de un rol social, que es por lo que tanto adolescente de nuestro entorno abraza con impetu el botellón y la fiesta. El acto de beber es igual en todas partes, pero no en todos los lugares se bebe igual, tiene idénticas

connotaciones y es contemplado de semejante manera. En estas páginas, salpicadas de combinados, marcas de destilados y en el que aparecen un buen número de hoteles distintos, la bebida se convierte en una odisea y el ir al encuentro de la bebida, en una especie de subviaje dentro del propio viaje que traslada al protagonista desde nuestros parámetros occidentales hasta

▲ Lo mejor

La capacidad del autor para pasar de la experiencia personal a la historia y la cultura

▼ Lo peor

No tiene nada que sea realmente mencionable o que vaya en menoscabo de la obra

Los más vendidos

Ficción

1º
«Aquitania»
(Planeta)
Eva García Sáenz
de Urturi

2º
«Rey blanco»
(Ediciones B)
Juan Gómez
Jurado

3º
«La ciudad de
vapor» (Alfaguara)
Carlos Ruiz
Zafón

4º
«Línea de fuego»
(Alfaguara)
Arturo Pérez-
Reverte

No ficción

1º
«El infinito en
un junco»
(Siruela)
Irene Vallejo

2º
«La vuelta del
comunismo»
(Espasa)
Federico Jiménez
Losantos

3º
«Dime qué comes y
te diré qué bacteria
tienes» (Grijalbo)
Blanca García-Orea

4º
«La vida contada
por sapiens...»
(Alfaguara)
J. M. Millás y
J. L. Arsuaga

Casa del Libro, El Corte Inglés y FNAC



LIBRARY OF CONGRESS

MANUEL ASTUR RECOMIENDA

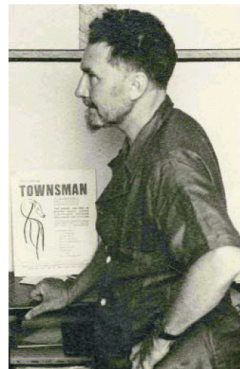
«Cantos» «Refleja cómo la cultura es un edificio en ruinas»

Defensor de la poesía y escritor de prosa, admite que su trabajo se inspira en una obra a la que Ezra Pound dedicó casi toda una vida

Para crear «San, el libro de los milagros» (Acantilado), Manuel Astur se ha mantenido en su costumbre de no buscar la inspiración en la prosa. «Quizá por un miedo a que las voces ajenas me influyan», explica, asegurando que prefiere «leer mucha poesía, porque es lo que más me ayuda a querer escribir». Ha acudido a poetas chinos del siglo IX, como Wang Wei, la dinastía Tang o Tu Fu, así como «también leí bastante poesía irlandesa». «De manera inconsciente, la lectura de poemas naturales se ha filtrado en mi libro». Pero también admite una influencia de la que es, en este caso, «muy consciente»: «Cantos», de Ezra Pound.

¿Cómo le ha influido?

«En la temática, en la visión, en la ambición. Es una serie de poemas que Pound escribió desde los 30 años hasta que murió de anciano. Tienen que ver con una visión del mundo de una generación que, como todas las vanguardias de principios del XX, estuvo muy traumatizada por la Primera Guerra Mundial y por la Segunda que se avecinaba. Creían que la historia se había acabado, que vivían el fin de la cultura y la belleza. En «Cantos», Pound considera que el arte es una canción de la tribu humana, un canto deshinchado y roto. Muestra con su poesía cómo la cultura es un edificio en ruinas, un gran lago donde salen a flote

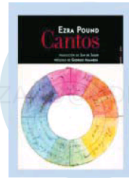


A Pound se le debe leer «con la mente abierta»

extractos de Confucio hasta los Medici, pasando por Stalin.

¿Y cómo refleja estas ruinas en su libro?

«Quise hacer algo parecido: mi novela también está dividida en tres cantares, aunque yo no quise mostrar el río turbulento en el



«Cantos»
Ezra Pound
SEXTO PISO
1.220 páginas,
37,90 euros

que todo está mezclado. No pienso que la historia haya acabado porque no creo en ella, es un teatro. Entonces, en lugar del río, quise mostrar los arroyos de los que nace. Toda gran cultura emerge de un pastor que miró hacia las estrellas hace 30.000 años, de un anciano contemplando el fuego o de un guerrero que no puede dormir. Esos son los afluentes. Igual que las palabras tienen una raíz etimológica, en el arte hay un núcleo poético.

¿Qué le diría al lector que no se atreva a descubrir «Cantos»?

«Es un libro importantísimo del siglo XX muy poco leído porque es incomprendible. Pero no ofrece nada que comprender, no hay que leerlo entendiendo. Lo importante es lo demás, la transmisión, no lo que se transmite.

¿Usted ha intentado comprenderlo?

«He preferido hacer al revés: recuperar los sentidos básicos que estaban tapados. Como dice la expresión, «los árboles no nos dejan ver el bosque», y en mi novela he querido retirar los árboles para mostrar qué hay. Han dicho que mi obra es muy humanista porque deja la misma sensación que una canción sobre el sentido de la vida.

¿A quién le regalaría el libro de Pound?

«A todo el mundo, pero siempre y cuando lo lean con la mente abierta y dándose cuenta de lo que es. Como «Divina Comedia», de Dante Alighieri, «Cantos» es el infierno de la cultura con poemas hermosísimos.

¿Qué le transmite la poesía que no lo haga la prosa?

«Me limpia los ojos, la mirada. Es como limpiar el cristal a través del que vemos la realidad. Aquello que se consigue después de meditar o de pasear por el monte, incluso emborrachándose. Eso hace la buena poesía en mí, me hace olvidar mi ego y veo, no digo mejor, sino más limpia la realidad.

POR CONCHA GARCÍA

pressreader PRINTED AND DISTRIBUTED BY PRESSREADER
PressReader.com +1 604 278 4604
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW

en el Corán, y aunque se desaprueba su consumo, nunca se prohíbe explícitamente», comenta. Lawrence Osborne traduce al lenguaje las sensaciones que produce «este relajamiento de la estructura química del sistema nervioso» que impulsa el alcohol, y que lleva a la desinhibición, la amistad, la espontaneidad y la sinceridad.

Para acabar preguntándose —mientras se descubre solo y

algo «distanciado del género humano como por un muro de piedra», sintiéndose vivir a cámara lenta y viéndose «en un estado sedentario de animación suspendida», al tiempo que sus dedos se cierran alrededor de la copa que está consumiendo: «Pero, ¿es el alcohol el creador de la máscara o precisamente aquello que nos la arranca?».

POR TONI MONTESINOS

tierras de Oriente Próximo. En estas geografías de la aridez y a la vez de exotismo es donde el autor aborda el tabú de la bebida en los países musulmanes. Lawrence Osborne da aquí unas páginas enjundiosas y valientes porque se adentra en un tema espinoso, rompe ideas preconcebidas y aporta datos y claves históricas que poseen un gran valor porque son muy poco

conocidas. Osborne, que también analiza los efectos que el alcohol ejerce en nuestro organismo, no habla con matices sobre la relación entre la bebida y la preferencia por estar bebido, sino a las claras y sin tapujos. Y lo hace en medio de una relación de viajes y de traslados por distintos países que se convierte también en un paseo por sus calles y sus ciudades.